



LA INGRATITUD EN EL MUNDO DE HOY

¿Cuál es la razón de la ingratitude? A pesar de las múltiples causas, sin duda, es la deficiencia en el juicio que hacemos de las cosas, considerando bueno lo que es malo, y viceversa.

Redacción (10/10/2022 13:46, Gaudium Press) A finales del siglo XIX, tuvo lugar en São Paulo, Brasil, un acontecimiento que ilustra muy bien la liturgia de ayer.

Había una señora rica que, estando mal de salud, encontró en la casa de una muy buena familia de São Paulo un lugar propicio y acogedor para recuperarse. Los dueños de la casa incluso hicieron arreglos para que sus propias hijas cuidaran de la señora.

Una de ellas, muy virtuosa y rebotante de cariño, pronto se hizo cariñosa en el cuidado de la enferma. Sin embargo, una de las hermanas le dijo:

– “Fulana de tal, no seas tonta. ¿Quieres saber qué pasará? Cuando se vaya, ni siquiera te lo agradecerá. ¡Me lo agradecerá a mí, que solo paso unos instantes con ella para contarle una anécdota divertida!

Dicho y hecho. Cuando la señora salió de la residencia, dijo fríamente un “hasta luego; gracias fulana de tal” a su mayor benefactora. Sin embargo, dirigiéndose a la que solo le había contado chistes, le dijo:

– “Estoy muy agradecida contigo. Fuiste un ángel para mí, me divertiste, me dijiste tantas cosas divertidas, me levantaste el ánimo”.

Después que se hubo ido la señora, la que sólo sabía contar historias, le dijo a su hermana que se había mostrado cariñosa con la enferma:

– “¿Viste? ¿No te lo dije? Deja de dedicarte así a los que son malos, porque sólo recibirás piedras”.

A lo que ella, algo conmovida, pero nada resentida, respondió:

– “¡Pero el bien quedó hecho!”[1]

La curación de diez leprosos

Algo similar ocurre en el Evangelio de la liturgia de ayer, en un grado superlativamente más grave. San Lucas nos cuenta que mientras Jesús pasaba entre Samaria y Galilea, se le acercaron diez leprosos pidiéndole que los curara de su enfermedad. El Divino Maestro les ordenó que se presentaran a los sacerdotes. Fueron, y en el camino fueron todos curados. Sin embargo, sólo uno, que era extranjero, volvió a dar gracias (cf. Lc 17, 11-16).

“¿Y dónde están los otros nueve?” preguntó el Señor (Lc 17,17). Simplemente no volvieron. Ahora bien, ¿cómo clasificar a quienes reciben un beneficio y no lo agradecen? Como mínimo, desconocedor de la buena educación, algo que se aprende desde la infancia y que, por desgracia, cada vez es más raro en estos días.

De diez sanados, solo hubo uno que agradeció. Ojalá en nuestros días hubiera uno agradecido por nueve ingratos, pues así la situación sería aún comparable a la del Evangelio...

Santo Tomás de Aquino explica que hay tres grados en la virtud de la gratitud:

- 1) Reconocer el beneficio;
- 2) Dar gracias al benefactor;
- 3) Devolver el favor de alguna manera. [2]

Curiosamente, estos tres grados se reflejan en las formas de dar gracias en diferentes idiomas. La fórmula inglesa *Thank you* tiene la misma raíz que el verbo *To Think*; pues pensar en un beneficio es, en definitiva, reconocerlo. Las lenguas latinas, en general, parecen referirse al segundo nivel de gratitud, es decir, dar

gracias: *gratias*, en latín; gracias, en español; *grazie*, en italiano, etc. Nuestro “obrigado” (em portugués ‘obligado’) parece estar en el tercer grado de gratitud: la obligación de devolver. [3]

Los nueve leprosos que no volvieron a dar gracias ni siquiera parecen haber reconocido el beneficio que recibieron; de lo contrario, habrían tomado alguna medida. El que volvió estaba al menos en el segundo grado de gratitud. ¿Cómo pudo haber alcanzado el último grado? ¿Cómo devolver un bien tan alto como la cura de una enfermedad? La única forma sería con su propia vida. Es decir, si se dispuso a seguir y servir a Nuestro Señor hasta el final de sus días. ¿Lo hizo? No sabemos; pero eso esperamos.

Una de las causas de la ingratitud

Tenemos una pregunta: ¿cuál es la razón de la ingratitud? Las respuestas serían innumerables, sin embargo es oportuno recalcar ésta: una deficiencia en el juicio que hacemos de las cosas, considerando bueno lo que es malo, y viceversa. Expliquémoslo.

¿Por qué un enfermo tiene más “agradecimiento” por quien le cuenta chistes que por quien le cura? Además, si la risa beneficiara más a los enfermos que ir al médico, mejor sería llevarlos a un circo, no a un hospital. Al final, estas son las inconsistencias de la vida.

Sin embargo, hay personas que consideran la risa como un bien superior a la terapia. En el caso de los nueve leprosos del evangelio de hoy, había algo que atesoraban más que la curación que les concedió nuestro Señor. ¿Qué sería ese “algo”? Probablemente la opinión de los demás. Pero no lo sabemos con seguridad, porque no conocemos su historia.

Y nosotros, ¿cuántas veces no hemos sido curados por Dios de la terrible “lepra” del alma, que es el pecado? ¿Hemos sido agradecidos con nuestro Creador? ¿O, por desgracia, hemos descuidado los favores del Altísimo y puesto nuestro esfuerzo en cosas que, aunque buenas y lícitas, son menos importantes para nuestra salvación?

Título primario

Finalmente, la liturgia de ayer 28º domingo del Tiempo Ordinario nos enseña que, antes de decir “por favor” a Dios, es necesario enviarle un hermoso y cálido “gracias” a sus oídos.

Por Lucas Rezende

[1] Ver CLÁ DIAS, João Scognamiglio. *Dona Lucília*. Ciudad del Vaticano: LEV, 2013, p. 85.

[2] Cfr. S. Th. II-II, q.107, a.2, co.

[3] Cfr. LAUAND, Jean. “Obrigado”, “Perdóname”: la filosofía de Santo Tomás de Aquino que subyace a nuestro lenguaje cotidiano. *Hospitalidad*, v. 16, núm. 02, (mayo-agosto) 2019, pág. 141-142.